

Un hombre nacido en París que fue niño en los años 80 evoca sus vacaciones en familia. Durante una década, entre sus seis y sus dieciséis años, el historiador y escritor Ivan Jablonka salía a recorrer el mundo en casa rodante con su hermano, sus padres y amigos. Así, al entrar a la vida adulta, había asistido a “una buena escuela”, la de la fascinación: ya había visto Palermo, Tánger, Zagreb, Lisboa, el canal de Corinto, la Acrópolis griega, el estadio de Olimpia, el desierto del Sahara, la torre de Pisa. Había escalado el Etna y el Vesubio, se había sumergido en las enormes olas de Esauira (Marruecos), había seguido estrellas fugaces en el cielo turco de Anatolia. “Por lo tanto, sabía, y para el resto de sus días, que el mundo era bello, que no había visto casi nada de él, que le quedaba una infinidad de cosas nuevas por descubrir, por leer, por contemplar, por oír y por comer”. Épocas doradas, de frutas, sol, playa, mar, y de una felicidad y libertad totales. “Nuestro único anclaje era un hogar sobre ruedas”, describe. “Era como un libro de Julio Verne pero de verdad”.

Sin embargo, detrás de aquella felicidad latía, solapada, la memoria ancestral de la desgracia. Sus padres habían nacido en los 40, en la Francia ocupada por los nazis, donde el solo hecho de mantenerse vivos representaba una hazaña, una victoria en sí misma. “¡Sean felices!”, se enojaba el padre de Ivan, cuando él y su hermano preferían poner su atención en los juguetes electrónicos (el Donkey Kong, de Nintendo y el Atari, “que hoy son de museo”) antes de disfrutar del paisaje, mientras viajaban. “¡Mira, mira con todos tus ojos, mira!, es la sentencia de Miguel Strogoff”. Había la obligación de ser felices. Era lo que iba a curarlos, lo que iba a salvarlos a él y a su familia de la angustia.

Sin embargo, Ivan Jablonka –que conversó con Ñ vía mail– no pudo evitar transitar por caminos de angustia en 2015, cuando publicó *Historia de los abuelos que no tuve*. Es que los padres de Ivan son huérfanos de la Shoah. A los abuelos que no conoció, Matas e Idesa, “se los llevaron las tragedias del siglo XX: el estalinismo, la Segunda Guerra Mundial, la destrucción del judaísmo europeo, Auschwitz”.

Después, en 2017, escribió *Laetitia o el fin de los hombres* (Del Zorzal en coedición con Anagrama), que reconstruye la historia de una chica violada, asesinada y descuartizada en Francia en enero de 2011. Quizá por eso ahora Ivan quiso dedicarse a algo más liviano, una especie de agradecimiento.

Escribió *En camping-car*, que es como le dicen en Francia a la casa rodante. (Sus recuerdos remiten al libro pionero de Julio Cortázar y Carol Dunlop, *Los autonautas de la cosmopista*, de viajes por Francia en esa misma época). El libro se convierte, entonces, en una carta de agradecimiento, en un canto a la infancia amada y perdida para siempre. En cierto sentido, todos –en tanto adultos– padecemos de ese desarraigo, ya que compartimos el desalojo sin retorno de aquel paraíso añorado.

–¿Quién escribió el libro, el historiador o el niño que se volvió hombre? ¿O los dos?

–¿Qué puedo hacer con el investigador, el escritor, el ciudadano, el niño, el adulto? Estoy presente en mis libros en forma de un “yo” por una cuestión de método, lo que hace necesario analizarse como objeto de investigación. El historiador forma parte de la historia. Pero detesto el narcisismo. Es por eso que hago la historia de mí mismo como si fuera otro, todos los otros.

–Al escribir sobre su propia historia, de algún modo escribe sobre una historia que es colecti-



Después de la dura investigación que implicó su libro *Laetitia*, confesó que buscó un asunto más liviano.

JABLONKA, SOUVENIRS DE LA COSMOPISTA

En diálogo. El escritor francés, autor de *Laetitia*, vuelve a la no ficción y evoca las vacaciones de su infancia por España, Portugal, Grecia y Marruecos.

POR ADRIANA MUSCILLO

va, que nos incluye a todos. ¿Cómo fue el proceso de reconstrucción de esos recuerdos de infancia?

–Busqué en mis diarios de viaje, que están en mi casa, bien guardados, conservados precisamente como archivos. Son “archivos de uno”: diarios de viaje, cartas, postales, dibujos, pero también fotos y pequeños objetos traídos de nuestros viajes. Agregados a los testimonios recogidos de mis padres y de sus

amigos, esos archivos me han permitido hacer una sociohistoria de mi infancia. Ese libro no es un libro sobre mi historia. Es un libro de historia sobre mi educación, mi generación, el fin del siglo XX. Por lo tanto, un libro de historia sobre nosotros. Hablo de mi familia –mis padres, mi hermano– pero también de los amigos con los cuales viajábamos. Evoco, también, a mis cuatro abuelos, que eran pequeños artesanos de cuero, de la industria textil y

del mueble, como muchos judíos en la primera mitad del siglo XX. No hago diferencia entre la familia y el colectivo, entre lo privado y lo social, entre nuestras historias de familia y lo que se llama la Historia, con su pomposa H mayúscula. Padres, abuelos, medio social, género, educación, política, la atmósfera de aquellos tiempos: toda esa herencia nos construye. Es importante conocer los orígenes de uno. Para saber de dónde uno viene, hay que hacer ciencias sociales. Así como sucedían, nuestras vacaciones en casa rodante manifestaban una fidelidad a las rutas del exilio.

–¿Qué dijo su padre cuando leyó el libro?

–Estuvo feliz de que evocara esas extraordinarias vacaciones en familia, pero también contrariado de que hablara de esos momentos de cólera o de violencia. Sin embargo, esos momentos existieron. Son parte de mi historia, de nuestra historia en tanto que ellos expresan una cierta concepción de la educación de fines del siglo XX. Pero, es evidente que todo mi libro es un acto de gratitud dirigido a mis padres, un gesto de amor y de reconocimiento. En mi padre no hay solo cólera, evidentemente. También hay humor, generosidad, fuerza, una extraordinaria capacidad de resiliencia. El filósofo Vladimir Jankélévitch decía: “Los alemanes mataron a 6 millones de judíos, pero duermen bien, comen bien y el marco alemán se porta bien”. Mi padre, huérfano de la Shoah, andaba en una casa rodante Volkswagen.

–¿Hizo una especie de catarsis al escribirlo?

–Después de *Historia de los abuelos que no tuve* y *Laetitia*, necesitaba tomar un descanso de la historia de la desgracia: un libro más feliz y más solar. *En camping-car* es una investigación sobre la infancia y la felicidad. Más exactamente, sobre la manera en que la libertad se nos ofrece, o no. Al focalizarme en mis vacaciones, en el curso de los años 80, quise escribir una historia de mi libertad, una sociología de mi libertad, una antropología de mi libertad, una geografía de mi libertad.

–En su libro usted dice que no sabía si era feliz o si estaba convencido de serlo para hacer feliz a su padre. ¿Resolvió ese enigma?

–Yo era feliz, por supuesto. ¡Esas vacaciones eran mágicas! Era feliz porque esos veranos

ANTICIPO

Su próximo libro

En 2020, conocerá la luz *Hombres justos*, un ensayo de Iván Jablonka en el que analiza el patriarcado, las desigualdades de género y las nuevas masculinidades, tras el surgimiento del movimiento #MeToo. En este trabajo, el autor busca redefinir la masculinidad, que durante mucho tiempo se asoció a la dominación y la virilidad, y se pregunta: ¿es posible una masculinidad que no esté basada en la idea de dominación? ¿Cómo construirla? ¿Qué aporte pueden hacer los hombres a esta nueva construcción? El ensayo se divide en cuatro partes: "El reinado del hombre", "La revolución de los derechos", "Las fallas de lo masculino" y "La justicia de género".

eran objetivamente fabulosos –sol, mar, libertad, frutas, paisajes, tantas cosas para descubrir– pero también porque a mi padre le hacía feliz la idea de nuestra felicidad. Era feliz porque mi padre lo era, y él era feliz porque constataba que nosotros lo éramos. Éramos felices el uno para el otro y esa circularidad se volvió la perfección de nuestras vacaciones. Mis padres nacieron judíos durante la Segunda Guerra Mundial, en una París ocupada. Sus vidas son, pues, un milagro. Vivir ha sido, para ellos, un acto de resistencia. Para nosotros, los chicos, la felicidad era un deber. Entre obligación y libertad, memoria y alegría de vivir, la felicidad sigue siendo un problema para mí.

–Dice que la casa rodante les salvó la vida a usted y a su familia. ¿En qué sentido?

–La combi invirtió las cosas. Sobre la ruta de la desgracia, hemos hecho una media vuelta. Nuestra casa rodante era lo opuesto a la carreta con plomo que te lleva a Auschwitz. La combi nos ofrecía un viaje libre hacia la vida, el sol, el Mediterráneo, la felicidad, mientras que la deportación es un viaje forzado hacia la muerte.

–Su texto tiene dos dimensiones, aunque la feliz es la que prevalece. ¿Cómo hizo para manejar la parte oscura del relato?

–La Shoah aflora en mis recuerdos felices. Bajo los granos de arena, había una angustia. Mi felicidad tenía una resonancia trágica, porque la casa rodante era una victoria sobre la desgracia y la muerte. Este libro habla también de la guerra, de la pérdida, del duelo que implica toda infancia. Estoy del lado de los que arrastran su pasado como un tráiler.

–¿Cuál ha sido el objetivo de este libro? ¿Quiso agradecerles a sus padres, quiso comprender a su padre, comprenderse a sí mismo?

–Quise comprenderme a mí y a mi familia, a través de un retrato de grupo, el de una época y una sociedad. Mi libro es una autobiografía colectiva, en la que el "yo" se funde con un "nosotros". A la hora de los populismos y del cierre generalizado de las fronteras, mi libro es una declaración de amor a la libertad.

–¿Cómo son sus viajes en familia en la actualidad? ¿Hay algo de aquella libertad y felicidad que usted logre recrear para sus hijas?

–Sigo apegado a la casa rodante y al modo de vida que ofrece, pero el tiempo de mi infancia ha terminado. El campamento libre está hoy prohibido en la mayoría de los países. Hoy, es más simple reservar un hotel en la otra punta del mundo o alquilar un departamento por Airbnb. Son otros tiempos, otras vacaciones.



En los más diversos formatos y modelos, la casa rodante es hace décadas un clásico de las rutas europeas.

COMENTARIO

Felicidad obligatoria de la infancia

PIOR VERÓNICA BOIX

Aunque algún padre desbordado lo haga cada tanto, no es usual relacionar la guerra con las vacaciones. En verdad, nada es convencional en las asociaciones del autor francés Iván Jablonka. Ya lo demostró en su celebrada novela de no ficción *Laëtitia o el fin de los hombres* –la trama espeluznante de un femicidio y todas las claves para narrarse–. Y una vez más vuelve a jugar con las formas de reconstruir una historia, la suya, en el inclasificable *En camping-car*. Entre la autobiografía, el ensayo y la búsqueda existencial el historiador y sociólogo retrata a su familia a partir de las experiencias de sus vacaciones de infancia a bordo de una casa rodante.

Al menos esa es la excusa argumental. El historiador se adentra en la época de su vida que considera más feliz, las vacaciones de la década del 80, cuando apenas tenía 10 años y recorría paisajes junto a sus padres y su hermano. "Paradójicamente, el amor por la naturaleza requiere un motor", escribe. El primer viaje fue por Estados Unidos y a ese le siguieron año tras año otros por Europa, desde Portugal hasta Turquía. En el fondo, más allá de las peripecias personales, el escritor busca los rastros de la historia con mayúscula en las escenas significativas de su niñez. Y encuentra los mandatos colectivos y religiosos que influyeron de manera decisiva en su vida privada como si desenterrara de su paraíso perdido las semillas de su identidad.

"¡Sed felices!", grita el padre a sus hijos en la primera línea del libro. Y la frase

marca el norte de un nene incapaz de abarcar, con diez años, la desmesura de una orden imposible de cumplir. A partir de ese momento su infelicidad va a implicar culpa. Al mismo tiempo el mandato impulsa la curiosidad sociológica del Jablonka historiador, determinado a desmenujarla hasta llegar a sus antepasados y a su padre, huérfano y sobreviviente del genocidio judío.

En el cruce de las dos miradas, la inocencia del niño y la precisión científica del adulto, se encuentra la fortaleza de una prosa contundente. El tono va de la melancolía, a la reflexión sociológica. Cada anécdota es un mojón que el escritor deja en el relato para adentrarse en la exploración de la idea que despierta. Las convenciones de época, las marcas de autos, las publicidades, la elección de un estilo de vida son para Jablonka hilos de un tejido social que se filtra, incluso, en las decisiones íntimas.

Puede sonar más complejo de lo que es. La escritura del francés tiene la transparencia de las palabras adecuadas para abrir paso a una red de ideas. Con un deseo evidente: descubrir en qué medida esa felicidad ingenua es producto de una construcción social. Las formas infinitas de bañarse en el mar, los campings libres y las nubes de mosquitos concentran una mitología personal que alimentará a lo largo de la vida del autor un bestiario de felicidad. Es cierto que algo del impulso que guía a W.G. Sebald en *Los anillos de Saturno* ronda las páginas de Jablonka. Más concreto y breve, pero con el mismo afán de oponerse al olvido.

Así y todo existe una capa más: la reflexión sobre el género de la autobiografía. No



En camping-car
Iván Jablonka
Traducción Agustina Blanco
Anagrama/Libros del Zorzal
181 págs.

es fácil decir cosas genuinas sobre uno mismo y Jablonka lo sabe. Con espíritu estructuralista, encuentra tres direcciones posibles: la confesión que consiste en exponer secretos venciendo la propia vergüenza, la vocación que revela el sentido de una vida, y el balance como un relato retrospectivo que abarca la existencia completa. Da un paso más y se arriesga con una cuarta alternativa: "Propongo otra forma de hablar de uno mismo. Desalojar aquello que, en nosotros, no es nuestro. Entender en qué medida la unicidad es producto de un colectivo, de la historia y de lo social. Pensarse a sí mismo como los demás".

A pesar de que las costumbres son el centro de la narración, no se trata de una historia costumbrista. En el límite del ensayo, pero seducido por la confesión, Jablonka habla de los vínculos esenciales y de las heridas sociales, como el holocausto, que se tatúan generación tras generación. Sin embargo, no hay drama, ni personajes novelescos, apenas seres humanos dispuestos a vivir a pesar de la Historia que los atraviesa.